



La seducción del sonido y el desencanto de la palabra

Miguel A. García

Desde finales de los años 80 hasta aproximadamente la primera década de este siglo, una pléthora de trabajos consagrados a descifrar las relaciones entre música, identidad e identificación abonó los congresos y las publicaciones dedicados a la música popular. Alentados por el perfil sociológico y culturalista de los Estudios Culturales, en particular por las entonces novedosas e influyentes cavilaciones de Stuart Hall sobre el concepto de identidad (1996), los estudios de la música popular hicieron de este concepto un fetiche que tuteló los desarrollos y las conclusiones de muchas investigaciones. Antes de que Hall deconstruyera el concepto de identidad y postulara que solo podía seguir funcionando “bajo borradura”, una idea que resultó especialmente atractiva para quienes estaban interesados/das en los procesos de identificación con la música surgió de lo que Simon Frith llamó “los cuatro usos más significativos del *pop*” (1987). En el marco de un extendido interés por comprender cómo, por qué y quiénes consumían la denominada *pop music*, Frith (1987) acuñó la expresión “placer de la identificación” –primer “uso”– para dar cuenta de la experiencia emocional que tiene un/una fan cuando se identifica de manera simultánea con la música que ama, con el/la intérprete de esa música y con quienes comparten con él/ella esa identificación. Más de tres décadas después de haber sido formulada, la disquisición de Frith sobre cómo el placer y las identificaciones se entrelazan en la experiencia musical aún es útil para considerar que, en oportunidades, dichas identificaciones resultan fallidas.

En octubre de 2018, Roger Waters dio un concierto en el Allianz Parque de la ciudad de San Pablo, Brasil, como parte de su gira *Us+Them*. Durante el concierto, Waters incluyó el nombre de Jair Bolsonaro, en ese momento candidato a presidente de Brasil, en un cartel donde figuraban varios líderes neofascistas (sic) y expresó abiertamente su oposición a Bolsonaro. Para sorpresa de muchos/as de los/as presentes, incluido el propio Waters, la reacción a sus dichos por parte de un sector del público fue de rechazo, mientras que otro sector celebró su declaración al grito de *ele não* (él no), consigna de los opositores a Bolsonaro. El episodio fue reportado por los mayores medios informativos internacionales –especializados y no especializados– y tuvo una amplia difusión por Internet. Las reacciones divergentes del público a la posición de Roger Waters se dieron en el marco de una feroz campaña orquestada por fuerzas neoliberales, grupos de derecha y ultraderecha, líderes religiosos/as y militares que con *fake news*, procesos judiciales inventados y diversos tipos de artilugios para desprestigiar al *Partido dos Trabalhadores*, convencieron a una parte importante de la población brasilera que un giro xenófobo, racista, homófobo, militarista y



sexista era la solución a todos sus males.

¿Qué sucedió en ese concierto con las expectativas de los/as fans? ¿De qué manera tuvo lugar el “placer de la identificación”? ¿Cómo el placer y el desagrado se articularon con el juego de las identificaciones y no-identificaciones? Era esperable que, como en casi todos los grandes eventos de rock, en ese acontecimiento los/as fans, regocijados con su música, ligados a ella y a su ídolo mediante una suerte de “saturación de afecto” (Grossberg 1992), revivieran un estado de afinidad que Victor Turner (1991) describió muy bien con el término “*communitas* espontánea”. Es decir, era esperable que frente a su ídolo, su música y a la complicidad de sus pares, los/las concurrentes evocaran y revalidaran ritualmente una alianza de mutuas correspondencias y se sumergieran en una intensa experiencia de unión emocional débilmente ligada al mundo exterior. Sin embargo, eso no sucedió esa noche. Al menos en su formulación inicial, la triple identificación postulada por Simon Frith no tuvo lugar para ninguno/na de los/as presentes.

Quienes celebraron las declaraciones de Roger Waters vieron su identificación frustrada con un grupo de sus pares, que al encarnar el discurso del candidato de ultraderecha adquirirían para los/las primeros/as un estatus de pura alteridad. El “otro”, investido y armado con el discurso de la intolerancia, la “mano dura” y el disciplinamiento, había trascendido el espacio de las calles, la televisión, los mensajes de *Whatsapp* y de otras redes sociales, y ahora invadía y alteraba imprevista e ilegítimamente la familiaridad del espacio propio. A su vez, los/las fans que habían abucheado al músico británico vieron doblemente frustradas sus expectativas de identificación: ésta no pudo realizarse ni con su ídolo ni con un sector de quienes al igual que ellos/as habían acudido a celebrar su música y tal vez también su condición de rockeros/as y/o alguna otra de las múltiples e inestables identidades existentes. Probablemente también para ellos/as la seguridad y la placidez del espacio propio habían sido amenazadas por la presencia de un “otro” que personificaba la posición política contraria a las promesas de Bolsonaro.

Esta breve interpretación del caso, basada en teorías sostenidas por estudiosos de la música popular entre mediados de los años 80 y mediados de los 90 que, a mi entender, aún mantienen cierta vigencia, abre interrogantes que ameritan ser respondidos mediante una investigación y que invitan a repensar el alcance de esas mismas teorías. Tal vez el más significativo de esos interrogantes se erige en torno a las voces que discreparon con las expresiones de Roger Waters. ¿En qué medida la falta de identificación de los/as fans con su ídolo y sus pares afectó su experiencia emocional con “su” música? ¿Pudo haber tenido lugar “el placer de la identificación” para esos/as fans sólo con el aspecto sonoro del evento? ¿Pudieron sus cuerpos haber gozado como lo habían hecho hasta ese momento con la música creada e interpretada por un músico que ante sus caras enarbolaba las banderas de sus opositores políticos? ¿Pudo haberse escindido la experiencia emocional de las pasiones políticas? ¿Ignoraban los/as fans las manifestaciones previas que había tenido Roger Waters sobre los líderes neo-fascistas? Si el incidente afectó la respuesta emocional de los/as fans, ¿fue este un malestar momentáneo o un desencanto que persistió más allá del concierto? ¿En qué medida, en el campo de las experiencias musicales, el placer puede permanecer asociado a un objeto de deseo que seduce con el sonido pero que desencanta con la palabra? Tal vez los/as estudiosos/as de la música popular puedan ayudarnos a responder estas preguntas.

Referencias

- Frith, Simon. 1987. "Towards an Aesthetic of Popular Music". En Leepert, R. y Susann McClary (eds.), *The Politics of Composition, Performance and Reception*, pp. 133-172. Cambridge: Cambridge University Press.
- Grossberg, Lawrence. 1992. "Is there a Fan in the House?: The Affective Sensibility of Fandom". En Lewis, Lisa A. (ed.), *The Adoring Audience. Fan Culture and Popular Media*, pp. 50-65. London and New York: Routledge.
- Hall, Stuart. 1996. "Who Needs Identity?" En Hall, Stuart and Paul du Gay (eds.), *Questions of Cultural Identity*, pp. 1-17. London: Sage.
- Turner, Victor. 1991. *The Ritual Process. Structure and Anti-Structure*. New York: Cornell University Press.



The Seduction of Sound and the Disenchantment of the Word

Miguel A. García

Since the late 1980s until approximately the first decade of this century, a plethora of works dedicated to decipher the relationships between music, identity and identification has enriched the congresses and publications focusing on popular music. Encouraged by the sociological and culturalist profile of Cultural Studies, in particular by the, then, new and influential reflections of Stuart Hall about the concept of identity (1996), popular music studies have made of this concept a fetish which has guided the developments and conclusions of a big number of research papers. Before Hall deconstructed the concept of identity and postulated that it could only continue functioning “under erasure”, an idea which turned out to be especially attractive for those who were interested in the identification processes with music appeared from what Simon Frith called “the four most significant uses of pop” (1987). Within the framework of an extended interest in understanding how, why and who consumed the so-called pop music, Frith (1987) coined the expression “identification pleasure” –first “use”– to account for the emotional experience which a fan has when he or she identifies him or herself simultaneously with the music he or she loves, with the interpreter of that music and with those who share that identification with him or her. More than three decades after being formulated, Frith’s disquisition about how pleasure and identifications are intertwined in the musical experience is still useful in order to consider that, on occasion, those identifications turn out to be unsuccessful.

In October 2018, Roger Waters gave a concert in the Allianz Park of the City of Sao Paulo, Brazil, as part of his *Us+Them* tour. During the concert, Waters included the name of Jair Bolsonaro, at that moment presidential candidate in Brazil, in a poster where several neo-fascist (sic) leaders appeared and openly expressed his opposition to Bolsonaro. To the surprise of many of those present, Waters himself included, the reaction to his expressions by a sector of the public was one of rejection, whereas another sector celebrated his declaration by shouting *ele nao* (not him), the slogan of Bolsonaro’s opponents. The episode was reported by major international news media –specialized and non-specialized- and had wide circulation on the Internet. The divergent reactions of the public to Roger Waters’s position occurred within the framework of a ferocious campaign orchestrated by neo-liberals, right-wing and extreme right groups, religious leaders and military people who, with fake news, invented judicial processes and diverse kinds of tricks to discredit the *Partido dos Trabalhadores*, convinced an important part of the Brazilian population that a xenophobic, racist, homophobic, militarist and sexist turn was the solution to all their evils.



What happened with the fans' expectations at that concert? How did the "pleasure of identification" take place? How were pleasure and unpleasantness brought together with the interplay of identifications and non-identifications? It was to be expected that, as in almost all big rock events, at that one, the fans, delighted with their music, would be linked to it and to their idol through a sort of "affection saturation" (Grossberg 1992), would revive a state of affinity which Victor Turner (1991) very well described with the term "spontaneous communitas". That is to say, it was to be expected that in front of their idol, their music and the complicity of their peers, the spectators would ritually evocate and revalidate an alliance of mutual correspondences and would immerse themselves in an intense experience of emotional union weakly linked to the outside world. However, that did not happen that night. At least in its initial formulation, the triple identification postulated by Simon Frith did not take place for any of those present.

Those who celebrated Roger Waters' declarations saw their identification frustrated with a group of their peers who, by incarnating the discourse of the extreme right candidate, acquired for the first ones a pure otherness status. The "other", invested and armed with the discourse of intolerance, a firm hand with criminals and disciplining, had transcended the streets space, television, Whatsapp messages and of other social networks, and now unexpectedly and illegitimately invaded and altered the familiarity of their own space. In turn, the fans who had booed the British musician saw their identification expectations doubly frustrated: it could not materialize either with their idol or with a sector of those who, the same as them, had gone to celebrate their music and perhaps also their condition as rockers and/or some other of the multiple and unstable existing identities. Probably, also for them, the safety and placidity of their own space had been threatened by the presence of an "other" who personified the political position contrary to Bolsonaro's promises.

This brief interpretation of the case, based on theories held by popular music scholars between the mid-1980s and mid-1990s, which, to my understanding, still have certain validity, raise some questions which deserve being answered through research work and which invite rethinking about the scope of those same theories. Perhaps the most significant of those questions is raised around the voices which disagreed with Roger Water's expressions. To what extent did the lack of identification of the fans with their idol and their peers affect their emotional experience with "their" music? Could "the pleasure of identification" have taken place for those fans only with the sound aspect of the event? Could their bodies have enjoyed as they had until that moment with the music created and interpreted by a musician who in front of their faces flew the flags of their political opponents? Could the emotional experience have been split from political passions? Did the fans not know of Roger Waters' previous manifestations about neo-fascist leaders? If the incident affected the emotional response of the fans, was this a momentary discomfort or a disenchantment which persisted after the concert? To what extent, in the field of music experiences, can pleasure remain associated to an object of desire which seduces with sound but disenchant with the word? Perhaps popular music scholars can help us answer these questions.

References

- Frith, Simon. 1987. "Towards an Aesthetic of Popular Music". In Leepert, R. y Susann McClary (eds.), *The Politics of Composition, Performance and Reception*, pp. 133-172. Cambridge: Cambridge University Press.
- Grossberg, Lawrence. 1992. "Is there a Fan in the House?: The Affective Sensibility of Fandom". In Lewis, Lisa A. (ed.), *The Adoring Audience. Fan Culture and Popular Media*, pp. 50-65. London and New York: Routledge.
- Hall, Stuart. 1996. "Who Needs Identity?". In Hall, Stuart and Paul du Gay (eds.), *Questions of Cultural Identity*, pp. 1-17. London: Sage.
- Turner, Victor. 1991. *The Ritual Process. Structure and Anti-Structure*. New York: Cornell University Press.